Conmemoración de los Fieles Difuntos. (2 de Diciembre)

Pasado mañana a las cuatro

"Hermanos: no queremos dejaros ignorantes acerca de los muertos, para que no os aflijáis como los que no tienen esperanza". 1 Tesalonicenses 4,13.

Alguien se propuso realizar una encuesta entre los agonizantes de un hospital. Se trataba de recoger las impresiones de los enfermos, ante la proximidad de la muerte.

Venciendo muchos obstáculos, se acerca a uno de los moribundos y le pregunta:

– ¿Quiere usted hablarme de la muerte?

– Sí, con mucho gusto, responde el paciente. Venga pasado mañana a las cuatro.

A todos nos asusta la muerte. A los cristianos de Tesalónica, hacia el año 50 de nuestra era, también los angustia este problema.

San Pablo, quien se halla entonces en Corinto, les escribe varias cartas, de las cuales conservamos dos en el Nuevo Testamento. Les explica el tema en forma sencilla, pero a la vez profunda: "Si Cristo murió y resucitó por su fuerza, nosotros también seremos resucitados".

Antes se predicaba sobre las postrimerías: Muerte, juicio, infierno y gloria, generalmente dentro de un contexto de miedo y amenaza.

Hoy esta visión ha cambiado. Pero todavía son escasos los predicadores que presenten en forma adecuada estas verdades.

Tradicionalmente, hemos entendido la vida y la muerte como dos fuerzas contrarias que se enfrentan. Al final siempre vence la muerte.

Se añade que la certeza de Cristo resucitado y de nuestra resurrección no ha calado muy hondo en los cristianos. Muchas veces se queda en doctrina abstracta que no produce vivencias, ni crea convicciones.

Por otro lado la fe cristiana de hoy, más vecina al padre Teilhard que a Aristóteles, entiende la vida como algo infinitamente superior a toda muerte.

Sabe que morir es prolongar nuestra vida en un espacio más amplio que esta tierra. Proyectar lo que somos hacia un más allá desconocido, pero siempre maravilloso.

Frecuentemente preguntamos: ¿Fulano sí tiene con qué vivir? ¿Cuenta con un futuro asegurado?

Si morir es eternizar todo lo que vale la pena acá en la tierra, preguntémonos: ¿Tenemos ya con qué morir? O, como escribe alguno: ¿Tenemos con qué amoblar la eternidad? ¿Qué hay en nosotros, en todas las áreas de nuestro ser, de nuestra actividad, que merezca ser eternizado?

A los cristianos la muerte nos llega desde afuera: Un accidente, la vejez, la enfermedad. Se madura desde dentro, como un fruto. Cuando nuestros valores crecen y se depuran hasta el punto de exigir ser inmortales.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y